

fuerzas permanentes y activas de la República, y Arteaga fué ascendido á subteniente y veteranzado en uno de los cuerpos de línea, hasta fines del propio año en que se le concedió el empleo de teniente. En 1854, el Gobierno le elevó á capitán del tercer ligero de infantería, cuyo cuerpo formó parte de la brigada que á las órdenes de Zuloaga combatió el Plan de Ayutla en el Estado de Guerrero, concurriendo Arteaga á las acciones de Ajuchitlán, Coyuca, Alto de la Tijera, Calvario y Nusco.

Liberal por sentimientos y por convicción, sus deberes militares le obligaron á combatir á sus correligionarios; pero sufría, y se resignó á sufrir, hasta que de una manera en que su honra quedase ilesa pudiese alistarse en las filas de aquellos. He aquí cómo refiere el Sr. Pérez Hernández el tránsito de Arteaga de las tropas reaccionarias á las liberales:

"Avanzó la brigada Zuloaga á lo largo de la costa grande del Estado de Guerrero, hasta llegar al punto del Calvario, que debe considerarse como el memorable paso de las Termópilas, donde trescientos invictos espartanos, á las órdenes del inmortal Leonidas defendieron los sacrosantos derechos, autonomía é independencia de la Grecia. Así el promontorio del Calvario, situado entre el rancho de Cayacal y la hacienda de Coyuquilla, fué defendido por doscientos hombres al mando del inolvidable general D. Tomás Moreno, uno de los héroes de la memorable jornada de *Treinta contra cuatrocientos*, contra la brigada de Zuloaga que, en honor de la verdad, hizo inmensos sacrificios en ese día para conquistar la gloria del triunfo; mas lo inaccesible del promontorio, la lucha con las olas del Océano Pacífico dentro de las cuales se colocaron los obuses de montaña, lo estrecho del paso, y las piedras que arrojaban algunos hombres colocados en la cima del predicho promontorio, negaron á los valientes sostenedores de la dictadura las palmas de la victoria, posesionándose del punto que las fuerzas surianas abandonaron por falta de parque, dejando el campo de sus enemigos cubierto de cadáveres, de heridos y de contusos. En esta acción tan reñida como sangrienta, el capitán Arteaga demostró su valor, su pericia y su fidelidad en medio de un horrible combate entre el deber y su conciencia, entre sus simpatías y su obligación, hasta llegar á la hacienda de Nusco, en donde las fuerzas del ejército restaurador de la libertad, obedientes á su caudillo, el venerable anciano de la Independencia, el soldado del pueblo, el benemérito soldado D. Juan Alvarez, resolvieron acatar y cumplir los preceptos sagrados de su jefe, impidiendo á todo trance que se internasen más en el Estado las huestes de la dictadura. Esa lucha de Nusco honrará siempre á los que concurren á ella en sostén de la dictadura, y á los que lucharon por la libertad. Esa lucha no es aún conocida, apenas se recuerda, quizá porque no se conoce, porque no ha habido quien se ocupe de esa jornada digna de eterna gloria para vencidos y vencedores. Día con día, hora con hora, momento por momento se libraban combates parciales para adquirir los sitiados maíz y agua con que cubrir sus necesidades, y forraje para acémilas y caballos. Quinientas mazocas de maíz, algunos cántaros y caramañolas de agua, y dos ó tres cargas de forraje, costaban la vida de tres ó cuatro hombres; las escenas se repetían las unas tras las otras, y prolongando el tiempo, los héroes de la brigada Zuloaga eran, permítasenos la frase, *esqueletos vivientes, cadáveres andando*; porque la enfermedad, el hambre, la sed, las insolaciones, las trasnochadas y el asedio sin tregua, hizo de aquellos hombres los hijos de Esparta, los compañeros de Leonidas; mientras los indómitos surianos, combatidos también por la falta de recursos para salir del Estado, mientras otros resolvieron unirse á las filas del ejército liberal, ya por que esas eran sus convicciones, ya porque habían sucumbido en fuerza del

abandono á que se les dejó reducidos desde el momento en que pisaron Ajuchitlán. El capitán Arteaga se unió á las filas liberales, como el coronel Cosío, el teniente coronel Valdespino, el comandante Prisciliano Flores y otros tantos, y fué ascendido á comandante de batallón. (Mayo, 1855)."

Desde esa fecha hasta la de su muerte Arteaga militó en el ejército liberal. En Abril del propio año formó parte de la brigada ligera que el general Alvarez puso á las órdenes del general Comonfort, ascendiendo á teniente coronel en Mayo del repetido año, y con el cargo de mayor general de la división. Con ese grado y con ese cargo, Arteaga combatió durante el resto del año en Jalisco y Colima, singularizándose por su valor en todas las acciones que se libraron; pero muy particularmente por las fatigas del asedio y por el nutrido fuego de sus enemigos, supieron sostener esa lucha gigantesca, esa lucha que honra la memoria de los contendientes. En estas repetidas jornadas, el capitán Arteaga se batió á la cabeza de los suyos con la fidelidad del soldado, con la energía del caballero, con la honradez del hombre leal que prefiere la muerte á la vergüenza, hasta que llegó el momento en que agotados todos los medios de resistencia, todos los caminos de salvación, tuvieron que capitular los valientes de Nusco, á los que el vencedor trató con generosidad y decencia, hasta donde es posible en medio del desencadenamiento de las pasiones alimentadas por las doctrinas políticas. Arteaga llegó hasta el puerto de Acapulco con sus demás compañeros de armas, quedando todos en plena libertad de retirarse á sus hogares, ó de tomar parte en favor del movimiento regenerador de Ayutla. Algunos jefes, oficiales y tropa tomaron sus pasaportes del cuartel general, entre ellos Arteaga, quien quería continuar prestando sus importantes servicios á la causa en cuyas filas se había alistado.

En la jornada de Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán) cuyo asedio fué bien largo, Arteaga se portó dignamente como generoso defensor de sus antiguos compañeros, como humano y probo, y después de ella pasó á Colima. En esa ciudad fué reorganizada la fuerza, y Arteaga ascendido á coronel. Aumentando su batallón se dirigió á Guadalajara, y de allí á la capital de la República, donde habían triunfado ya las ideas liberales. Mientras tanto, el general Alvarez había sido elevado á la presidencia y nombrado su sustituto al general Comonfort. Arteaga fué destinado para mandar el Estado de Querétaro, del cual llegó á ser gobernador constitucional, hasta que Comonfort, mal aconsejado, dió el funesto golpe de Estado que tantos males causó al país y tan horribles consecuencias produjo á su desgraciado autor. Arteaga, no obstante la amistad y si se quiere gratitud que le ligaban á Comonfort, se opuso al golpe de Estado, pues había jurado sostener la causa del pueblo, y lo sacrificó todo á su honra y á su deber, á su conciencia y á sus sentimientos.

Sin tregua ni descanso, sostuvo con las armas en la mano las libertades públicas encarnadas en el plan de Ayutla, militando en Querétaro, Michoacán y Jalisco, hasta que alcanzado el triunfo por el partido liberal, tornó á gobernar el primero de aquellos Estados. Ocupando ese puesto estaba, cuando se presentó la guerra de intervención. Hasta ocioso parece decir que Arteaga fué de los primeros en acudir al llamamiento de la patria. Presente estuvo en las memorables acciones de Barranca Seca y Acultzingo (1862). Herido en ésta, tuvo que retirarse á Morelia á recobrar su muy quebrantada salud. Más tarde el general Ogazon puso á las órdenes de Arteaga una división levantada, organizada y sostenida por dicho general, y compuesta de 8,000 hombres. Arteaga, olvidábamos decirlo, había ascendido á general de brigada. Largos de enumerar serían los servicios que prestó en aquella época de prueba, luchando

contra las tropas extranjeras y contra las reaccionarias de México. Arteaga tenía fe en la causa que defendía, y amaba las instituciones republicanas. Así, no es de extrañar que con tenacidad, que no todos lograron poseer, con resignación en las adversidades, con heroico valor en los combates, y con esperanza firme de ver el triunfo de la causa santa, Arteaga, ya nombrado general en jefe del ejército del Centro, combatió en Jalisco, Michoacán y México, y durante tres años en que no siempre le sonrió la victoria, y sin atender á sus mal cerradas heridas.

A fines de Setiembre de 1865, salió de Tacámbaro (Michoacán) el general Arteaga, con tres mil quinientos hombres, única fuerza que constituía el ejército del Centro, llevando consigo á los generales D. Vicente Riva Palacio, como general en jefe de la primera división y gobernador de Michoacán; D. Carlos Salazar, cuartelmaestre, y D. José María Pérez Hernández, como jefe de la primera brigada ligera que se dispuso formarse en Uruapan y sus inmediaciones el 5 de Octubre de 1865. Al día siguiente, y en el llano próximo á la ciudad de Uruapan del Progreso (Michoacán de Ocampo), Arteaga pasó una revista general á su fuerza, que dividió en dos fracciones, una al mando del general Riva Palacio, y que debía marchar sobre Morelia, y reservándose la otra. Al general Pérez Hernández le dió ochenta dragones y un cuadro de jefes y oficiales para la formación de la brigada ligera. El día 8 salió de Uruapan la división de Riva Palacio sobre la capital del Estado; el Sr. Pérez Hernández fué á situarse en el lugar llamado *Reyes de Salgado*, y Arteaga quedó en Uruapan. Las operaciones de esa campaña, que sería largo referir, obligaron á Arteaga á hacer varias marchas, hasta que en la acción de Santa Ana Amatlán cayó prisionero, y fué conducido á la ciudad de Uruapan en donde debía ser fusilado. Mal podía esperar clemencia el hombre que con denuedo había luchado contra los enemigos de su patria; quien sacrificó á todo un pueblo, no ha de vacilar en el sacrificio de un hombre, por digno que éste sea. Además, Arteaga no era un personaje vulgar: se le temía, porque era valiente hasta la heroicidad, y constante hasta la muerte.

El 21 de Octubre de 1865, Arteaga fué fusilado en Uruapan, después de haber escrito con mano firme la siguiente carta: "Hoy he caído prisionero, y mañana seré fusilado. Muero á los treinta y seis años de edad. En esta hora suprema, es mi consuelo legar á mi familia un nombre sin tacha. Mi único crimen consiste en haber peleado por la independencia de mi país, por esto me fusilan; pero el patíbulo, madre mía, no infama, no, al militar que cumple con su deber y con su patria."

En todo tiempo y en cualquier pueblo de la tierra, sería grande el nombre de este mártir de la libertad. Su recuerdo, en vez de debilitarse, toma mayores proporciones si con rectitud y severidad se establece un paralelo entre este modesto y leal soldado de la República, y muchos otros que hoy viven haciendo alarde de haber servido á todas las causas, defeccionando á todas ellas. Arteaga, tipo del militar pundonoroso, será siempre un título de legítimo orgullo, de verdadera honra para el ejército nacional; y los que alientan la noble ambición de sobrevivir en la memoria de sus conciudadanos, los que aspiren á figurar en aquellas páginas en que los pueblos guardan lo que les enaltece, deben seguir las huellas de Arteaga, que supo sellar con su sangre el libro de sus nobles hechos.—F. SOSA.

Arteaga (FR. ANTONIO DE). Natural de México; tomó el hábito de la descalcez franciscana (dieguinos), á 11 de Abril de 1612, á los veintitres años de edad; ordenado de sacerdote después de algunos años que trabajó en su provincia, pasó á la custodia y conversión de San Pablo de Nuevo-México, en compañía de otro religioso de su misma Orden, llamado Fr. García de San

Francisco: en ese antiguo departamento nuestro, catequizó, bautizó y redujo á la vida social á las naciones "pira," "cenequís," y los titulados "mansos," sin duda por antífrasis, porque era una nación de las más feroces y bárbaras de nuestra América: en todos estos pueblos de que fué el primer apóstol, trabajó con indecible fervor en la fábrica de iglesias, esplendor del culto, instrucción civil y religiosa de los indios, y fué uno de sus más ardientes defensores contra las agresiones de los soldados de las compañías presidiales, que no pocas veces con sus abusos y excesos eran un embarazo para la predicación del Evangelio, y causaron algunas revueltas entre los naturales ya reducidos; su valor en estas ocasiones lo describe el cronista en estos términos: "Habiendo acometido nuestros soldados un pueblo y saqueado sus casas, celoso de la honra de Dios y de la observancia de las órdenes reales de S. M., subió al púlpito, encendiéndolo nuestro docto Fr. Antonio, ministro de aquel partido, en una festividad que celebró su iglesia, afeando en el discurso del sermón, con examen y castidad de palabras, la torpeza de aquella acción contra Dios, el rey y sus cédulas." El valeroso predicador sufrió una grave persecución por haber reconvenido á las autoridades que se hallaban presentes, de aquellos descuidos; pero no por eso dejó de clamar siempre con toda libertad apostólica contra todos los desórdenes que allí se cometían; y como su vida era la más ejemplar, y ninguno podía tacharlo del menor defecto, constantemente resultaba de sus sermones se favoreciese á los oprimidos y se contuvieran los agresores en los límites de la razón y de la prudencia. De aquella misión que había cultivado con sus fatigas y sudores por algunos años, fué sacado de orden de los superiores, muy á pesar suyo, para volver á la provincia de S. Diego, en la que fué electo en el capítulo provincial del año de 1641, por custodio para el general que había de celebrarse en Toledo el de 45: en España fué el objeto de la común edificación nuestro venerable paisano: concilióse el aprecio del Rmo. general Fr. Juan de Nápoles, y de todos los vocales y preladados del capítulo por su observancia regular, su retiro y soledad, pues jamás se le vió vagar fuera del convento; y en los de "San Juan de los Reyes" de Toledo, y el titulado "Grande de San Francisco" de Madrid, donde residió todo ese tiempo, fuera de la asistencia á los actos del capítulo y demás de comunidad, jamás se le encontró fuera del coro, donde de día y noche se empleaba en fervorosa oración. Vuelto á su provincia fué electo ministro provincial el año de 1647, y estableció en él multitud de ceremonias y prácticas para hacer más devoto y grandioso el culto divino; visitó todos los conventos de su cargo, y en todos ellos fué un modelo de observancia de la rígida Orden de San Francisco; y así es, que más con su ejemplo que por sus predicaciones, se vió florecer toda esa religiosa provincia con un ejemplarísimo fervor. Concluido su provincialato se dispuso para volver á su misión de Nuevo México, sin reparar en su mucha edad y quebrantada salud; pero habiéndosele abierto una llaga en la pierna no pudo emprender el camino, y se retiró al convento de Churubusco, en que pasó los últimos años de su vida, guardando siempre el mismo tenor de ella que en todas partes lo había hecho tan venerable; pero agravándosele los males, lo hicieron conducir los superiores á la enfermería de San Diego de México, donde llegó el 23 de Noviembre de 1663, en tal estado de abatimiento, que en el acto dispusieron los médicos se le administrase el sagrado Viático: el P. Arteaga sin sorprenderse por aquella terrible orden se puso á rezar lo que le faltaba del oficio divino de ese día; adelantó los maitines del siguiente, y rezó todas sus devociones diarias: al otro día, que era sábado, hizo venir á un sacerdote para reconciliarse para recibir los Sacramentos; y estando en medio de la confesión perdió el habla y sentido, de manera que sólo pudo ad-

